vinetur

Burdeos se plantea regar sus viñedos por la sequía que amenaza su modelo de cultivo

El debate enfrenta la falta de agua con quienes temen alterar el carácter tradicional de la cosecha

martes 6 de octubre de 2026



El debate sobre si Burdeos debe regar parte de sus viñedos ha dejado de ser marginal. Las olas de calor y la falta de lluvia han reabierto una discusión que durante años se consideró poco compatible con la identidad del mayor viñedo francés con

denominación de origen, un área de 86.000 hectáreas que además arrastra una crisis de sobreproducción y el arranque subvencionado de cepas.

En plena vendimia, la interprofesional del vino de Burdeos, el CIVB, prevé una cosecha corta, aunque con buen nivel cualitativo, porque no han llegado lluvias que permitieran que los racimos ganaran volumen. La campaña de 2025 ya dejó en Gironda 2,9 millones de hectolitros, un registro muy bajo después de que se arrancaran miles de hectáreas.

Stéphane Gabard, presidente del Syndicat des Bordeaux et Bordeaux Supérieurs, que agrupa a más de la mitad de la producción local, resume así la situación: “Rara vez hemos conocido una sequía así”. Su organización representa una parte amplia de un viñedo que, además de la presión del mercado, vive con más frecuencia veranos muy secos y episodios de calor extremo.

La Cámara de Agricultura de Gironda abrió en julio una reflexión sobre el uso del riego ante lo que define como sequías recurrentes. Su comisión vitícola debía abordar esta cuestión a comienzos de octubre. Jean-Samuel Eynard, presidente de la entidad en representación de la FNSEA y viticultor en Côtes de Bourg, sostiene que una parte del viñedo bordelés “va a necesitar eso”, sobre todo en suelos que retienen poca agua.

Eynard añade que, para plantar viñas jóvenes o sustituir cepas muertas, “será indispensable” aportar agua. Entre las opciones que pone sobre la mesa figura el uso de aguas residuales tratadas. En la zona ya existen excepciones que permiten regar plantas jóvenes en fase de crecimiento, pero algunos productores quieren ir más allá y que las denominaciones autoricen el riego cuando haya sequía.

La cuestión toca dos puntos sensibles en Burdeos. Por un lado, la gestión de un recurso limitado como el agua. Por otro, la defensa del terroir y de una idea muy arraigada en parte del sector: que el carácter de una cosecha también nace de las condiciones del año y que una intervención excesiva puede alterar ese equilibrio.

Eynard reconoce que el debate divide a los viticultores. “Habrá puristas que dirán: no, hay que dejar actuar a la añada. De eso trata toda la discusión”, afirma. Esa reserva no es nueva en Burdeos, donde el riego se ha visto durante mucho tiempo como una

práctica ajena a la tradición local.

En Saint-Quentin-de-Caplong, al este de Gironda, el viticultor Rolland Grenouilleau considera que ese tabú ya no se sostiene si se compara con otras zonas francesas, como Occitania, donde regar viñas forma parte del trabajo habitual. Grenouilleau cultiva 15 hectáreas de viñedo, además de dedicarse a los cereales y al ganado ovino. Acaba de arrancar otras 20 hectáreas y describe una campaña muy dura.

“Rozamos los 45-50°C. Es muy complicado para las plantas”, explica. A su juicio, la vid necesita poca agua, pero sí “un mínimo” para completar su ciclo y mantener un rendimiento que permita ingresos dignos. Con varios vecinos estudia crear una balsa en ladera para almacenar lluvias de invierno. Esa reserva serviría también para diversificar cultivos en una zona golpeada por el exceso de oferta de vino.

Gabard, que cultiva viñas en Galgon, en Gironda, admite que antes estaba más cerca del rechazo al riego. Sin embargo, la repetición de años secos y muy calurosos le ha hecho cambiar parte de su posición. En su caso, habla de un suelo de Graves, muy filtrante, y se pregunta si el viñedo puede seguir descartando siempre esa solución. Al mismo tiempo, introduce un matiz que atraviesa todo el debate: si se acepta el riego, dice, habrá que lograr también una aceptación social del uso de agua dulce para la vid.

Ahí aparece el principal freno técnico y político. El Smegreg, organismo consultivo que gestiona las aguas subterráneas profundas de Gironda, calcula que regar las 86.000 hectáreas del viñedo a razón de 1.500 metros cúbicos por hectárea y año exigiría más agua que los 110 millones de m3 que se extraen cada año para abastecer a 1,7 millones de habitantes del departamento. Ese volumen saldría además de un acuífero que el propio organismo considera sobreexplotado.

La comparación resume la dimensión del problema. Pasar de casos puntuales de riego en plantas jóvenes a una autorización más amplia no es solo una decisión agronómica. También afecta a los usos prioritarios del agua, a la capacidad real de las reservas y a la aceptación pública de dedicar ese recurso a un cultivo que, en Francia, atraviesa además una etapa de ajuste de superficie y producción.

La Agencia del Agua Adour-Garonne aún no había sido requerida formalmente sobre esta cuestión, pero considera que el comité de cuenca previsto para diciembre, donde participan los distintos usuarios del agua, es el lugar adecuado para debatirla.

No todos en el mundo técnico creen que Burdeos deba abrir esa puerta. Cornelis van Leeuwen, profesor de viticultura en Bordeaux Sciences Agro, sostiene que las parcelas muy expuestas a la sequía representan menos del 10% del viñedo y recuerda que, en conjunto, la zona sigue recibiendo bastante lluvia. A su juicio, “no es en absoluto necesario” regar en Burdeos porque todavía existe un amplio margen para otras medidas de adaptación.

Entre esas opciones cita el trabajo con el material vegetal y los ensayos con nuevas variedades. Su planteamiento es que, si las parcelas más sensibles se replanten con una uva y un portainjerto adaptados, el riego dejaría de ser necesario. Van Leeuwen cree además que Burdeos tendría interés en mantener esa línea, a diferencia de lo que ocurre en España, Italia o en países productores del llamado Nuevo Mundo, para presentarse como una producción ecológicamente responsable.

La discusión, por tanto, ya no gira solo en torno a si la vid puede recibir agua en momentos límite. Burdeos debate qué modelo de viñedo quiere para las próximas décadas, qué parte del territorio necesita cambiar de prácticas y hasta dónde puede llegar esa adaptación sin alterar la relación entre el vino, el suelo y un recurso cada vez más tensionado.